

01



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



ISSN impreso: 2011-5253
ISSN en línea: 2422-278X



IPAZUD
Instituto para la Pedagogía,
la Paz y el Conflicto Urbano,
Universidad Distrital
Francisco José de Caldas

DOSSIER

Artículo de investigación

El arte como posibilidad para la esperanza: Resistencias y re-existencias juveniles para la construcción de paz en la ciudad de Bogotá desde la experiencia con la Red Somos Generación de Verdad¹

Art as a possibility for hope: Youth resistance and re-existence for the construction of peace in the city of Bogotá from the experience with the Red Somos Generación de Verdad

Marisol Raigosa Mejía²



Colombia

Christian Felipe Correa Ramírez³



Colombia

Jihed Jesenia Beltrán Landazury⁴



Colombia

Paula Andrea Contreras Silva⁵



Colombia

Para citar este artículo: Raigosa, M., Correa, C., Beltrán, J. y Contreras, P. (2021). Resistencias y re-existencias juveniles para la construcción de paz en la ciudad de Bogotá desde la experiencia con la Red Somos Generación de Verdad. *Ciudad Paz-ando*, 14(2), 8-21. doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.18006>

Fecha de recepción: 16 de mayo de 2021

Fecha de aprobación: 6 de julio de 2021

1 Este artículo presenta algunos de los resultados más importantes de la investigación El arte, una posibilidad y una herramienta para los jóvenes hacia la construcción de paz en la ciudad de Bogotá, inscrita en la línea de Derechos Humanos y Fortalecimiento Democrático del Programa de Trabajo Social de la Universidad de La Salle.

2 Magíster en Políticas Públicas, Universidad Nacional de Colombia. Especialista en Análisis de Políticas Públicas, Universidad Nacional de Colombia; Socióloga, Universidad de Caldas. Doctoranda en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia. Docente e Investigadora de la Escuela de Humanidades y Estudios Sociales - Universidad de La Salle, Colombia. Correo: mraigosa@unisalle.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9485-2690>

3 Trabajador Social, Universidad de La Salle, Colombia. Correo: ccorrea81@unisalle.edu.co - fcorrea2607@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7492-4754>

4 Trabajadora Social, Universidad de La Salle, Colombia. Correo: jbeltran14@unisalle.edu.co - jihed.beltran.1103@gmail.com / ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4514-1758>

5 Trabajadora Social, Universidad de La Salle, Colombia. Correo: pcontreras70@unisalle.edu.co - paulacontreras0712@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9205-6682>



El objetivo de este artículo es: a) rescatar las experiencias, sentires y perspectivas que adoptan los jóvenes, en torno al posicionamiento que asumen como sujetos políticos que aportan a la construcción de paz por medio del arte. Con base en un enfoque cualitativo y hermenéutico- se realizó un grupo focal con diez jóvenes que pertenecen a la Red Somos Generación de Verdad -Macro territorial Bogotá-Soacha- de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). Se encontró en los repertorios obtenidos que el arte representa para ellos una herramienta y una posibilidad de esperanza, mediante la cual generan espacios de realidad-ficción. Además, se concluyó que, a través del arte han logrado realizar una re-lectura, una re-interpretación y una re-significación de las ciudadanías y de las dinámicas sociales emergentes que dotan de sentido su cotidianidad, posibilitando la aparición de otros mundos, que se oponen a las prácticas de violencia y exclusión legitimadas históricamente en Colombia.

Palabras clave: Jóvenes, arte, ciudad, construcción de paz, ciudadanías emergentes, imaginarios sociales.



The objective of this article is: a) to rescue the experiences, feelings and perspectives that young people adopt, around the position they assume as political subjects who contribute to the construction of peace through art. Based on a qualitative and hermeneutical approach - was carried a focus group out with ten young people who belong to the Red Somos Generación de Verdad -Macro territorial Bogotá-Soacha- de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). It was found in the testimonial obtained that art represents for them a tool and a possibility of hope, through which they generate reality-fiction spaces. Furthermore, it was concluded that, through art, they have made a re-reading, a re-interpretation and a re-meaning of citizenships and emerging social dynamics that give meaning to their daily lives, enabling the appearance of other worlds, who oppose the historically legitimized practices of violence and exclusion in Colombia.

Keywords: Young people, art, city, construction of peace, emergent citizenships, imaginary social.

Ser joven en las márgenes de Bogotá

Lo que se supone ser joven en la ciudad de Bogotá, conlleva a reconocer algunos factores que han contribuido a su construcción individual y a obtener -o no- una posición en la sociedad. Es de gran relevancia resaltar que las juventudes se encuentran sumergidas en una modernidad producto del capitalismo que ha impuesto un modelo civilizatorio centrado en el mantenimiento y la obtención del poder. Este paradigma ha exaltado lo que en palabras de De Sousa (2010) se ha denominado la injusticia cognitiva, y con ella las demás injusticias -la socioeconómica, la sexual, la racial, la histórica, la generacional, etc.-, a partir de las cuales, algunos grupos poblacionales han sido excluidos, estigmatizados, y señalados por el hecho de no aceptar o no acoplarse al modelo establecido, - quien está en contra, o manifiesta desacuerdo con el modelo imperante que niega y mancilla la diferencia, es condenado a pertenecer bajo determinadas condiciones socioeconómicas a un lugar asignado por el mismo modelo-. Como consecuencia, estos grupos poblacionales marginados se ven abocados a un proceso de invisibilización social, se les condiciona a vivir en el ostracismo social dentro del mismo territorio, padeciendo el rechazo de quienes “si pertenecen”.

De acuerdo con el siguiente testimonio, ser joven, por ejemplo, significa “una paradoja constante (...) te obligan a tomar un rumbo, pero a la vez te están poniendo una barrera constante, entonces, de ahí surgen los espacios de estigmatización y las etiquetas que ponen” (J6, comunicación personal, agosto 2020). Muchos jóvenes conforman uno de esos grupos de población que habitan las márgenes de la ciudad, son víctimas de la violencia material y simbólica que ejerce la sociedad, tienen la responsabilidad de acomodarse a lo establecido para poder encajar y sobrevivir, y por ello, se encuentran en el constante debate entre lo que desean ser y lo se les impone ser.

No obstante, es complejo aceptar un modelo que cohibe a los sujetos y coarta las diferentes formas de ser y habitar la ciudad, que excluye la diversidad que lo conforma, y que desconoce mediante sus prácticas la multiculturalidad que lo caracteriza, mucho más, cuando la violencia es y ha sido un “recurso para impedir la democracia y la violencia (ha sido) el medio para acallar a los críticos y opositores, para impedir (de esta manera) la denuncia y evitar justos reclamos y transformaciones” (Grupo de Memoria Histórica [GMH], 2013, p. 23). Con la necesidad de transformar esas acciones que se presentan cotidianamente y que amenazan a muchos jóvenes -a través de violencias directas e indirectas-, de manera política, simbólica y física, la población juvenil se posiciona para construir espacios de liberación y resistencia con sus pares, que surgen desde los territorios que habitan, en donde el diálogo se constituye en un elemento fundamental para el reconocimiento de sí y de los demás, los jóvenes incentivan a “procesos propios del territorio...

que se construya desde el territorio, generando espacios que permitan reconocernos” (J4, comunicación personal, agosto 2020).

Por otro lado, es necesario plantear que, dentro de la violencia estructural y la violencia cultural, que ha legitimado a su vez una cultura de violencia en Colombia, se encuentra el conflicto armado interno, el cual ha respondido a una serie de estrategias, confrontaciones, cambios, y políticas internacionales, que han perjudicado en gran parte a la sociedad civil. En cifras de personas muertas en el marco de dicho conflicto, “el 81.5% (de 220.000 muertos) corresponde a los civiles y el 18.5% a combatientes; es decir que aproximadamente ocho de cada diez muertos han sido civiles” (GMH, 2013, p. 32). Dicho esto, también es de gran relevancia mencionar que el conflicto armado interno ha permitido ubicar la paz, no como la ausencia de guerra, sino como la oportunidad para buscar alternativas frente a problemáticas como la pobreza, la exclusión, el debilitamiento institucional y democrático, entre otros, y así posicionar, uno de los hechos más relevantes de este siglo, como lo fue la firma del Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera entre el gobierno del anterior presidente de la república Juan Manuel Santos Calderón y uno de los actores armados más antiguos del país, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –Ejército del Pueblo (FARC-EP), acto formal que se llevó a cabo el 24 de noviembre de 2016 en el Teatro Colón en la ciudad de Bogotá.

Dicho acuerdo, tenía como propósito buscar maneras para superar las condiciones que dieron inicio a un conflicto de larga data, abriendo paso a la creación de espacios de participación para la sociedad civil. En ese orden de ideas, la sociedad colombiana está viviendo un periodo de *posacuerdo*, es decir, un momento histórico en el cual, a partir de lo pactado mediante el Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, se establecía una base para la transformación progresiva en términos políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales; periodo que haría posible ir superando las lógicas guerrilleras que históricamente habían legitimado eliminar al adversario, y que, irían dando apertura al diálogo como herramienta eficaz para abordar los conflictos. Aun así, este proceso de transformación social y cultural ha sido obstaculizado, por parte de los sectores más retardatarios de la sociedad colombiana, que siempre añoraron infringir una derrota militar a la organización guerrillera FARC-EP “e imponer su claudicación y sometimiento a la fuerza del Estado, y que han considerado la persistencia indefinida de la confrontación armada como un recurso para darle sustento -a su manera- al orden social vigente en el país” (Estrada y Nijmeijer, 2020, p. 9). Por tal razón, el momento histórico del posacuerdo, es considerado aquí como un interregno,

ya que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no termina de nacer.

Es por ello que los jóvenes se han dado a la tarea de complejizar y objetivar las problemáticas sociales que les impiden vivir en una cultura de paz, motivo por el que se les ha etiquetado como sujetos egoístas, cuyo único interés radica en ellos mismos y en la construcción de su proyecto de vida, tal como los expresa Diana Barimboim (2015) “los jóvenes no tienen interés en participar en proyectos políticos o solidarios, ya que tienen toda su energía puesta en sí mismos, para desarrollar su propia carrera profesional, lo que denota un interés eminentemente egoísta” (p. 115).

De otro modo, a los jóvenes se les concibe como sujetos dispuestos a aportar a la construcción y transformación de esas estructuras de poder que los limitan y condicionan, definiéndolos, por un lado, como actores políticos dispuestos a cuestionar las lógicas violentas de la sociedad, y, por otro lado, como “vándalos”. Retomando a Reguillo (2000) “la preocupación de la sociedad no es tanto por las transformaciones y trastornos de la juventud (...) si no por su participación como agentes de la inseguridad que vivimos y por el cuestionamiento que explosivamente hace la juventud” (p. 46). Dicho esto, los jóvenes son estigmatizados porque se encuentran en la necesidad de visibilizar en la esfera pública, las injusticias sociales y expresar allí sus inconformidades, por lo que se le restringe de ser vistos como actores de cambio y se ejerce sobre ellos presión, para limitar su libre desarrollo personal y social. Desde la institucionalidad se cuestiona su capacidad de acción, lo que causa una invisibilización de sus capacidades y una exclusión de los espacios que propician la construcción de paz. Para los jóvenes, en el proceso de transformación social, se debe llevar a cabo un cuestionamiento de las dinámicas sociales que afectan directa o indirectamente contra ellos, mencionan que “¡Vea! el joven también está proponiendo, pero usted no lo está escuchando. El joven es aquel que tiene que salir a buscarse la papita, pero usted no le está brindando un entorno seguro para que este pueda desarrollarse” (J9, comunicación personal, agosto 2020).

El resultado de esa violencia discursiva hacia los jóvenes ha impuesto sobre ellos una doble carga, que consiste en sobrellevar los dolores sociales e individuales; éstos, no solo deben pensar en su proyecto individual, familiar y social, sino que deben cargar con el peso de la influencia del factor socioeconómico para su accionar en estos dos momentos. Este factor resulta relevante, porque las instituciones gubernamentales distritales no brindan la garantía suficiente para el desarrollo de los jóvenes, por lo tanto, sus limitaciones económicas traen consigo barreras educativas, laborales y personales, y además, contribuyen a su estigmatización, pues socialmente no es lo mismo ser un joven de un estrato económico privilegiado a ser un joven proveniente de sectores populares, para

cada uno se abre una gama de percepciones y oportunidades diferentes, para unos en abundancia y para otros en escasez. Estas dificultades y barreras, impiden que muchos jóvenes puedan vivir en un territorio de paz, para ellos, un territorio de paz “(...) debe tener dos conceptos claves: la calidad de vida de digna y la búsqueda constante del bien común, y le sumaría otro, la generación de consensos ciudadanos” (J10, agosto 2020).

Las brechas de desigualdad impuestas históricamente por la institucionalidad han limitado las oportunidades de construcción del proyecto de vida a muchos jóvenes. Según el diagnóstico para el Plan de Desarrollo Distrital de la administración de Claudia López Hernández, éstos representan el 25.1% de la población total de la ciudad (Alcaldía Mayor de Bogotá D.C., 2020, p. 130), y a su vez, representaban para el año 2020, el 34,6% del total de desempleados en la ciudad, para agregar, son las mujeres las más afectadas dentro de este grupo etario (Reinoso, 2020). Los datos mencionados permiten identificar que los jóvenes son uno de los grupos poblacionales más afectados por la crisis de la modernidad, y como respuesta a ello, surge la necesidad de hablar de las emergencias juveniles que aportan a la construcción de paz y ciudad.

Los jóvenes plantean nuevos espacios de inclusión y discusión frente a las diversas inconformidades que los contrarían, para responder y buscar alternativas de solución a las necesidades de la ciudadanía marginada. Ese escenario se establece desde las manifestaciones artísticas, que rompen con las lógicas cotidianas hegemónicas de competencia, dando lugar a un sentir colectivo, posicionando el arte como una herramienta alternativa, revolucionaria, y emancipadora, que se desarrolla en espacios públicos y privados; el arte, es para los jóvenes “(...) una alternativa de participación y de movilización, permite expresarnos e imaginarnos otro tipo de escenarios... una forma de construir y de reconstruir. Siempre con las personas, porque sin el otro, es muy difícil que haya arte” (J9, comunicación personal, agosto 2020). De manera que, el arte les permite a los jóvenes hacer uso de su imaginación para crear espacios de ficción que luego serán materializados en la realidad, donde estos pueden elegir su forma de actuar, de reconocer a ese otro excluido, de construir sus propias narrativas, de revivir memoria e historia, y de empezar a soñar y materializar otros mundos posibles.

Sin embargo, cabe resaltar que aún hay poco reconocimiento de la potencialidad de las prácticas artísticas juveniles, debido al modelo productivo desde el que se concibe la ciudad de Bogotá. Dicha concepción hace que estas prácticas sean infravaloradas y vistas como un elemento de atracción para la gente ociosa. Por ejemplo, según lo revela la Encuesta Bienal de Cultura (2017), los teatros como los lugares donde se ponen en escena esta u otras manifestaciones artísticas no son frecuentados por los habitantes de Bogotá, el 97,1 %, correspondiente a 6.202.572 personas, no realizan prácticas teatrales

(Dirección de Cultura Ciudadana, 2017). Para dar explicación al poco reconocimiento de la potencialidad de las prácticas artísticas juveniles en la ciudad de Bogotá, los jóvenes brindan una metáfora relacionada con los colores, expresan que “es una ciudad diversa, llena de color, aunque muchas veces prima el gris, todos somos tan diversos que buscan imponernos el gris” (J3, comunicación personal, agosto 2020).

Los jóvenes por su parte han considerado que es necesario empezar a posicionar las manifestaciones artísticas como una herramienta que se abre paso para que el público pueda hacer uso de ella y empezar a construir otras realidades, en donde, según los jóvenes:

Unos cuerpos se mueven, se narran, se expresan, imitan la dolencia, se reencarnan como presidentes, se representan como víctimas... Y así, hacen sentir emociones que viven otras personas en la realidad, pero los representan en espacios imaginarios que permiten generar la reflexión para un cambio. (J10, comunicación personal, agosto 2020)

El arte juvenil ha traído consigo posibilidades de crear, por ello, se ha convertido en una alternativa fundamental para el desarrollo humano y social, ha permitido proyectar el ideal de ciudad, a través de procesos lúdicos, reflexivos y críticos, que cuestionan problemáticas y le apuestan a la construcción de paz territorial.

Teniendo en cuenta el contexto anteriormente expuesto, este artículo tiene como objetivo rescatar las experiencias, sentires y perspectivas de los jóvenes miembros de la Red Somos Generación de Verdad (sobre la cual se hará mención en el apartado metodológico), en torno al posicionamiento que asumen como sujetos políticos que aportan a la construcción de paz por medio del arte. En un primer momento, se plantearán unas aproximaciones teórico-conceptuales acerca de las definiciones que dieron horizonte de sentido a la investigación, entre las que se destacan: cultura, imaginarios -efectivo, periféricos y atávicos-, lógicas de producción de existencias y no existencias, proceso cultural urbanizador, jóvenes, expresiones artísticas y construcción de paz – en la ciudad-. En un segundo momento, se presentarán los aspectos metodológicos más relevantes de la investigación -con enfoque cualitativo y hermenéutico- que dieron ruta al proceso y permitieron comprender la importancia de decantarse por una técnica de conversación como el grupo focal, para poder interactuar con los jóvenes miembros de la Red Somos Generación de Verdad. En el tercer apartado, se expondrán los hallazgos obtenidos y una interpretación que enriquece el análisis entre la perspectiva de los jóvenes y los referentes teóricos empleados, sobre temas como la ciudad, la construcción de paz, el arte, los jóvenes en la sociedad, y la ruptura con el sistema cultural hegemónico, a partir de prácticas juveniles subalternas

asociadas al arte. Finalmente, a modo de cierre, se recogerán unas reflexiones en torno al rol de los jóvenes y del arte en este momento histórico de *posacuerdo* para Colombia.

Los jóvenes: ¿Arrojados a la No Existencia?

Pero todos aquellos cuerpos esculpidos por la adversidad, un buen día decidieron negarse a aceptar la derrota. Y aquí es donde germina este nuevo sentimiento. Invocaron las sagradas artes de la movilización festiva, patrimonio de los pobres y los inconformes, y en medio de un virus letal hicieron de las calles su digno lugar de combate, sin árbitros que reclamaran juego limpio y en desventaja contra la artillería oficial y los gangsters de camisa blanca, pero con unos deseos de cambio incontenibles y la ayuda mutua de los afectos a su favor. (Tobón, 2021)

La *cultura* se presenta como un conjunto de construcciones históricas y simbólicas, por medio de la cual, los seres humanos “construyen la interpretación de la realidad que los rodea, y con la que establecen mecanismos colectivos de adaptación” (Martínez, 2015, p. 3). Dichos mecanismos colectivos de adaptación se exhiben a través de las instituciones, a partir de las cuales los seres humanos se someten a la ley, con el fin de regular sus relaciones entre sí y con la naturaleza, de manera que, la cultura se presenta como “la suma entre las producciones e instituciones” (Freud, 1929, p. 31). Presentando un tejido simbólico construido socio-históricamente, generando unos imaginarios que justifican la realidad como lo que está establecido, y, por ende, el sentido de las acciones humanas que tienen lugar en ese entramado (Baeza, 2003, 2008, 2015).

Se reconocen tres tipos de imaginarios que conforman y validan la construcción cultural imperante: *los imaginarios efectivos*, *los imaginarios periféricos* y *los imaginarios atávicos*. Con respecto a los dos primeros tipos, señala Castoriadis (2007) que los *imaginarios efectivos* se constituyen a partir de la articulación entre lo histórico y lo político, para dar ciertos significados que se presentan como reales, pero se encuentran mediados por un interés particular. Por su parte, *los imaginarios periféricos*, tienen como eje central la configuración de la cultura y de la organización para que se evidencie en la realidad (pp. 118–119), estos dos tipos de imaginarios son complementarios entre sí, y sostenidos a lo largo del tiempo. Se convierten en lo que se denomina *imaginarios atávicos*, los cuales según Martínez (2015), son aprendizajes colectivos que se mantienen de forma recurrente, trascienden la racionalidad social y son el telón de fondo y la columna vertebral de la cultura (p. 5). Este proceso histórico de producción y reproducción de imaginarios, se demuestran como certezas para

los sujetos, impidiéndoles reconocer otras formas de ser, estar y pensar; y, por lo tanto, limitando el diálogo.

De manera que se producen binarismos reduccionistas que califican y descalifican a ciertos sujetos que han sido históricamente invisibilizados, entre ellos los jóvenes, estableciendo categorías sobre lo bueno/lo malo, lo normal/lo anómalo, el bien/el mal, entre otras. Formas de saber-poder que se imponen de manera física y simbólica, lo cual conlleva a la eliminación o disolución del otro, a partir de un proceso de normalización y aceptación; sin embargo, resulta importante tener en cuenta que, "(...) no hay nada normal, sino normalizado. O sea, construido como normal. Y como anormal, porque para que haya lo normal tiene que haber lo anómalo" (Sztajnszrajber, 2018, p. 283).

Es así como se mantienen unas lógicas de producción de *existencias*, pero a la vez una producción de *no existencias*, como "lo ignorante, lo residual, lo inferior, lo local o particular y lo improductivo" (De Sousa, 2009, p. 112; 2010, p. 24), saberes, prácticas y existencias, excluidas por una forma cultural eurocéntrica que se erige como la única válida. No obstante, esas formas de opresión y de exclusión contra las cuales los jóvenes -en diferentes lugares del mundo- resisten, exigen a su vez, una reconvencción global de los procesos de socialización y de las lógicas de producción de no existencia (sociología de las ausencias); por ejemplo, la hegemonía cultural (monocultura de la naturalización de las diferencias y monocultura del saber) y de los modelos de desarrollo (monocultura de los criterios de productividad capitalista y la eficiencia). De allí la importancia de comprender los valores subalternos que caracterizan las nuevas formas de organización política, incluidas las juveniles, como el liderazgo horizontal entre ciudadanos, la participación y la solidaridad concretas en la formulación de la voluntad colectiva, siendo estas los únicos modos susceptibles de instaurar una nueva cultura política y, en consecuencia, una nueva calidad de vida personal y social "basadas en la autonomía y en el autogobierno, en la descentralización y en la democracia participativa, en el cooperativismo y en la producción socialmente útil" (De Sousa, 2001, p. 181).

Dentro de esa monocultura de la naturalización de las diferencias y del saber, se incorpora la mirada adultocéntrica, donde el ser adulto se ubica como el único horizonte posible para los jóvenes, ya que la adultez es concebida como un estado ideal y superior, y los jóvenes se ubican como lo no-adulto, lo no deseado (N. Hernández, 2020, p. 272).

Antes de hablar directamente del papel de los jóvenes en el contexto actual, resulta importante situarlo también en un modelo globalizado y urbanizado, desarrollado a partir de procesos de desterritorialización y de la intensificación de las interacciones globales, en donde las redes de las telecomunicaciones recobran una importancia predominante, superando los límites de los espacios

físicos, llevando consigo la idea de la urbanización como modelo superior de vida. Esta urbanización no responde solamente a un proceso físico y administrativo sobre el cual se cimientan las urbes, sino a un proceso cultural, en donde se manifiestan unas formas y unas actitudes en los sujetos, según lo planteado por Armando Silva (2006), la cultura se vuelve sinónimo de la urbanización, y los sujetos se urbanizan al apropiarse conocimientos para participar en las sociedades digitales, y se urbanizan también al incorporar sentimientos de sospecha, de desconfianza y de guerra entre unos y otros, robusteciéndose así lo urbano en la colectividad (Silva, 2006, p. 8). Dicho proceso de urbanización genera sentimientos colectivos interiorizados por los sujetos, siendo lo urbano un escenario de lenguaje, de imágenes, de signos, pero también, de evocaciones, proyecciones y sueños.

A partir del proceso de urbanización, la idea de ciudad ha sido definida como la imagen del mundo, allí la cultura globalizada tiene su mayor forma de expresión, pero debido a la digitalización y a las redes de las telecomunicaciones, la ciudad es del mismo modo el mundo de una imagen (Silva, 2006, p. 25), un mundo imaginado que se materializa de forma colonizadora en el espacio de la ciudad. Ante lo planteado, García Canclini (1997) manifiesta que, la ciudad se construye a partir de los objetos que la componen: casas, edificios, parques, autopistas, entre otros; pero quienes dotan de imaginación y de sentido la vida urbana son las novelas, las canciones, las películas, los relatos, la prensa, etcétera (p. 109), por lo cual, la ciudad más allá de lo físico y lo tangible, se encuentra sostenida con imaginarios diversos, que producen una aparición de lo fantasioso en la realidad empírica.

A pesar de ello, los jóvenes en la ciudad -de Bogotá- y en el proceso cultural urbanizador, se encuentran en un interregno, en donde lo viejo no llega a su fin y lo nuevo no logra su pleno nacimiento. Siguiendo lo planteado por Canclini (2004) el futuro de la sociedad es dudoso y no se sabe cómo construirlo, dándole a los jóvenes dos respuestas, la primera de ellas, es que hay poco lugar para ellos, la segunda, no solo responde a los jóvenes, sino que se responde a sí misma como sociedad, y es que tiene baja capacidad de rejuvenecerse, de escuchar a quienes podrían cambiarla (Canclini, 2004, p. 168).

Además, ser joven en este modelo urbanizado, implica diferentes cargas, repletas de imaginarios sobre el deber ser de los sujetos, invalidando otras formas posibles, por lo tanto, no son concebidos como sujetos políticos, sino que "son construidos como sujetos problemáticos que deben ser encauzados, ya que serán los adultos que sostendrán la sociedad futura" (Hernández, 2020, p. 271). Como se hizo mención anteriormente, no se reconoce a los jóvenes como tal, desde su potencial, sino que se les infantiliza, invalidando con ello la generación de los espacios de participación que ellos han construido como alternativas para la transformación de esas dinámicas

violentas que se presentan tanto en lo físico, como en lo simbólico. Un ejemplo de construcción/transformación alternativa del territorio puede observarse en la Figura 1:



Figura 1: Mural en la Biblioteca La Morichuela - Usme, Bogotá. Mensaje en lenguaje Braille que significa “Resistencia”.

Fuente: Chalecos Amarillo Global (2021)

Esta marginación juvenil, ha desembocado líneas de ruptura entre los jóvenes y el sistema hegemónico, en donde los primeros, se convierten en focos de fermentación y de contestación política, social y cultural (De Zurbiría, 2013, p. 89). Según Reguillo (2003), la emergencia de los jóvenes ha llevado un proceso de transición en el que se posicionan como sujetos políticos y sociales fundamentales para la construcción de sociedad, dando el paso de una ciudadanía civil a una ciudadanía política, en donde complementan los derechos individuales, con los derechos a participar en el espacio público (Reguillo, 2003, p. 105). Así, los jóvenes constituyen unas formas de ciudadanía emergentes que llevan a cabo una forma de resistencia y de re-existencia, con el fin de minimizar los costos sociales del modelo cultural, social, político y económico imperante.

A partir de estas formas de ser, sentir y estar *otras*, se resiste la frustración y se apuesta a la esperanza. Por medio de sus prácticas, los jóvenes desarrollan una ampliación simbólica de agentes sociales y lo que estos conllevan, de modo que se identifiquen las tendencias del futuro sobre el cual es posible actuar para maximizar la probabilidad de la esperanza (De Sousa, 2010, p. 26). En este sentido, el arte, también se erige como una práctica emergente empleada por los jóvenes, y como una praxis liberadora que genera nuevos caminos que superen la resolución violenta de conflictos. Sobre este arte liberador, manifiesta Enrique Dussel (1995) que, “pone en cuestión al sistema no sólo teórica sino realmente, abriendo nuevos caminos” (p. 43). Una expresión del arte que supere la visión tradicional de este como una práctica privilegiada para el control y el ocio de los sujetos, y por el contrario se erija como una herramienta política para la reflexión, la recuperación de memoria y la construcción

de sociedades democráticas, ampliando la concepción de este como una práctica política. Retomando a Boal (1980) puede que el arte no sea en sí mismo la revolución, pero es un ensayo de esta, ya que por medio del arte se ensayan soluciones y se debaten proyectos de cambio (p. 17).

De este modo, muchos jóvenes de Bogotá hacen uso del arte político, en aras de cimentar un proyecto social que ha sido históricamente obstaculizado como lo es la construcción de paz. Según lo planteado por Lederach (2008), tanto el arte como la construcción de paz tienen la capacidad de dar a luz algo nuevo, “lleva a algo que va más allá [...] es la capacidad de dar a luz algo nuevo que por su mero nacimiento cambió nuestro mundo y la forma en la que observamos las cosas” (Lederach, 2008, pp. 10–11). Con esto, tanto el arte liberador, como la construcción de paz, hacen evidentes las posibilidades de una paz democrática, desde las experiencias palpables y reales, y posibilitan la movilización de la sociedad hacia un compromiso social constructivo (E. Hernández, 2016, p. 38). Por lo tanto, se logra afirmar que son prácticas que impiden la frustración y le apuestan a la esperanza, a partir de la permanente construcción, lo cual implica un entendimiento previo de la existencia y de la relevancia de otras formas culturales que pueden nutrir estos procesos.

Tejer red, un acto de resistencias y re-existencias: Red Somos Generación de Verdad

La investigación se orientó a través de una *metodología de tipo cualitativa* asumiendo que las realidades son dinámicas y cambiantes. A partir de este enfoque la acción indagatoria se mueve de manera dinámica en ambos sentidos: entre los hechos y su interpretación, y resulta un proceso más bien “circular”; no siempre la secuencia es la misma, varía de acuerdo con la particularidad de cada caso. Por ende, el proceso de indagación es más flexible y se mueve entre las respuestas y el desarrollo de la teoría. Su propósito consiste en “reconstruir” la realidad, tal como la observan los actores de un sistema social previamente definido, dejando emerger entonces la subjetividad. A menudo se denomina holístico, porque intenta considerar el “todo” sin reducirlo al estudio de sus partes (Hernández et al., 2010).

Se estableció un paradigma *hermenéutico-interpretativo* el cual “comprende que la realidad es variable e interactiva, y el sujeto que está inmerso en ella, es un sujeto comunicativo que comparte significados con los otros” (Ricoy, 2006, p. 16). Este paradigma permitió un acercamiento a la cotidianidad de los jóvenes, dio paso al reconocimiento de un mundo de creencias, valores y reflexiones, construcción de nuevas narrativas, percepciones e interacciones con el/los otro/s. Dentro de este paradigma se retomó la *perspectiva fenomenológica* que pretende describir el significado de las experiencias vividas, rescatar el conocimiento de cada joven, y enfatizar

en cómo el mundo está construido a través de su interpretación y comprensión.

La técnica de producción de información que se utilizó fue el *grupo focal*, “reunión... para discutir y elaborar desde la experiencia personal, la temática o hecho social de interés para la investigación” (Burgos, 2011, p. 96). A través de esta técnica se recopiló la información del grupo de jóvenes *Red Somos Generación de Verdad*, la cual permitió desde un tema específico ubicar las experiencias y posturas de cada participante, y así encuadrar cada momento en el que los jóvenes se han sentido vulnerados, en cómo perciben la ciudad de Bogotá, y cuál es la importancia de posicionarse en la sociedad como actores de cambio y constructores de paz.

La población participante fueron los jóvenes integrantes de la *Red Somos Generación de Verdad*, la cual se conformó en el segundo semestre del año 2019, promovida por el equipo Macro territorial Bogotá-Soacha de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV) junto con redes y organizaciones juveniles del territorio de Bogotá-Soacha (Redepaz, Educapaz, Viva la Ciudadanía, Fundación Diáspora, Tejido Juvenil Rafael Uribe Uribe, entre otras), las cuales, reconociendo el Mandato de la CEV⁶, se ven en

6 Es importante precisar que mediante el artículo 11 del Decreto 588 de 2017, se estableció que la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, tendría como mandato esclarecer y promover el reconocimiento de trece (13) aspectos fundamentales, que son: 1. Las prácticas y hechos que constituyen graves violaciones a los derechos humanos y graves infracciones al Derecho Internacional Humanitario (DIH); 2. Las responsabilidades colectivas del Estado, incluyendo del Gobierno y los demás poderes públicos, de las FARC-EP, de los paramilitares, así como de cualquier otro grupo, organización o institución, nacional o internacional, que haya tenido alguna participación en el conflicto; 3. El impacto humano y social del conflicto en la sociedad, incluyendo el impacto sobre los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales, y las formas diferenciadas en las que el conflicto afectó diversos grupos sociales; 4. El impacto del conflicto sobre el ejercicio de la política y el funcionamiento de la democracia en su conjunto, incluyendo el impacto sobre los partidos y movimientos políticos y sociales, en particular los de oposición; 5. El impacto del conflicto sobre quienes participaron directamente en él como combatientes y sobre sus familias y entornos; 6. El contexto histórico; los orígenes y múltiples causas del conflicto; 7. Los factores y condiciones que facilitaron o contribuyeron a la persistencia del conflicto; 8. El desarrollo del conflicto, en particular la actuación del Estado, de las guerrillas, de los grupos paramilitares y el involucramiento de diferentes sectores de la sociedad; 9. El fenómeno del paramilitarismo; 10. El desplazamiento forzado y despojo de tierras con ocasión del conflicto y sus consecuencias; 11. La relación entre el conflicto y los cultivos de uso ilícito, la producción y la comercialización de drogas ilícitas, y el lavado de activos derivados del fenómeno del narcotráfico; 12. Los procesos de fortalecimiento del tejido social en las comunidades y las experiencias de resiliencia individual o colectiva; y 13. Los procesos de transformación positiva de las organizaciones e instituciones a lo largo del conflicto. Se menciona también, que, para lograr dar cumplimiento al mandato, la Comisión, estableció como eje central asegurar la dignificación de las víctimas y contribuir a la satisfacción de su derecho a la verdad y las garantías de no repetición, bajo los enfoques territorial, diferencial y de género. Si se desea profundizar además en las funciones de la Comisión de la Verdad, se recomienda ir a: <https://comisiondelaverdad.co/la-comision/mandato-y-funciones>

la necesidad de “(...) identificar las formas diferenciadas en las que el conflicto afectó a [...] niñas, niños, adolescentes y jóvenes” (Presidencia de la República, Decreto 588, 2017). Por lo tanto, la Red Somos Generación de Verdad está compuesta por más de 30 personas, en su mayoría jóvenes de entre 18 y 28 años que hacen parte de procesos barriales, comunitarios y municipales, que aportan a la construcción de paz, al tejido social y al derecho a la verdad en los territorios de Bogotá, Soacha y Sumapaz (sin embargo, para efectos de la investigación el ejercicio se realizó solamente con jóvenes de Bogotá miembros de la red). Por lo que, la *Red Somos Generación de Verdad* es un espacio para la convergencia de diferentes realidades experimentadas por jóvenes de los territorios de Bogotá, Soacha y Sumapaz, también, para la construcción de sentires y para compartir la experiencia y la existencia en y de los territorios.

Es necesario mencionar que una parte importante de los hallazgos de la investigación de la cual se deriva este artículo, surge del grupo focal realizado con los jóvenes miembros de la Red Somos Generación de Verdad que se desarrolló el 19 de agosto del año 2020. La información obtenida a través del grupo focal tuvo un manejo estrictamente confidencial y anónimo y la información recolectada fue utilizada con fines netamente académicos, motivo por el cual, la identificación de cada uno de los participantes del encuentro conversacional fue codificada, y registrada con la letra J, correspondiente a la palabra “joven” y el número asignado al azar, por lo que, cada participante fue registrado con el seudónimo de: J1, J2, J3, J4, J5, J6, J7, J8, J9, J10.

Para la sistematización de la información recolectada, se realizó una matriz cruzada haciendo uso de las categorías: ciudad, jóvenes, construcción de paz, arte, participación ciudadana y cultura. Se hizo uso de dicha técnica para el análisis, debido a que, a través del encuentro con los jóvenes, estos manifestaron que las anteriores, no eran categorías aisladas para ellos, en su lugar, señalaban que en su rol de sujetos situados en un territorio y pertenecientes a unas comunidades y/o colectivos específicos, estas categorías se interrelacionan.

| Fases del grupo focal | | Descripción |
|--|---|---|
| Presentación y retroalimentación sobre el proceso de la Red Somos Generación de Verdad | Evaluación del proceso que se viene desarrollando desde la Red Somos Generación de Verdad | Se permitió identificar las percepciones que tienen los jóvenes sobre los espacios desarrollados desde la Red. |
| Áreas temáticas | Juventud y estigmatización: Comprensión | Se buscó comprender qué significa Bogotá para los jóvenes y cómo viven su cotidianidad en este territorio. |
| | Subjetividades que le aporten a la construcción de paz | Se pretendió comprender qué es la paz y cómo los jóvenes aportan desde sus procesos de resistencia a la construcción de la misma. |
| | Resistencia y narrativas a través del arte | Se aspiró a identificar cómo los jóvenes conciben el arte y cómo este se convierte en una herramienta fundamental para la reconstrucción del tejido social y construcción de paz. |
| Reflexión | Comentarios finales | Se abrió el espacio para presentar los aprendizajes y reflexiones generadas en el espacio. |

Tabla 1: Fases del Grupo Focal realizado con la Red Somos Generación de Verdad, Bogotá.

Fuente: Elaboración propia (2020)

Bogotá, un territorio en disputa: la construcción de una ciudad imaginada a través del arte

La juventud de sectores populares del país sufre en forma despiadada los efectos de la crisis: la discriminación social y racial imperante (...), el trato prejuiciado, abusivo y violento de la policía. En ese entorno, han venido surgiendo distintas formas organizativas que procuran la seguridad y defensa de sus territorios a la vez que hacerse sentir en un grito desesperado provocado por la exclusión y el marginamiento. A ese estallido social, el Gobierno, a través del Esmad y la Policía, ha respondido de manera cruel y desproporcionada, tal vez con la idea de generar escarmientos que disuadan el alzamiento. De otra parte, por su cuenta, se deshace en anuncios de programas hasta hace poco impensados. (Segovia, 2021)

A partir de la técnica de recolección de información precisada en el desarrollo del apartado de aspectos metodológicos, mediante la cual se logró un encuentro conversacional con los jóvenes de la Red Somos Generación de Verdad, se buscaba describir y analizar el sentido de las experiencias y las perspectivas de los jóvenes que sustentan y sostienen su labor en la construcción de paz en la ciudad de Bogotá y el uso del arte como una herramienta de participación política para la construcción de paz.

De esta manera, siguiendo lo planteado por Zemelman (2010), los sujetos, en este caso los jóvenes, se encuentran instalados en relaciones múltiples y heterogéneas que conforman el espacio que determina su movimiento, y a partir de estas relaciones surge la necesidad de los sujetos por ocupar espacios de reconocimiento colectivo y por conformar una subjetividad social particular (Zemelman, 2010, p. 357).

De esta manera, en este apartado se da cuenta de qué significa la ciudad de Bogotá para los jóvenes participantes, junto con su percepción de la cultura ciudadana impuesta y cómo esta ha resultado ser una cultura de marginación juvenil. Motivo por el cual se concibe una crisis de legitimidad institucional y social, en donde los jóvenes generan una serie de resistencias que buscan minimizar los costos sociales del capitalismo y logran aportar a la construcción de paz desde el reconocimiento como sujetos políticos. Para lograr esta tarea, se resalta la importancia del cuestionamiento y la ruptura de discursos socialmente normalizados que invisibilizan a ciertas poblaciones, entre ellas, la juvenil. Allí, el arte liberador hace su aparición como una práctica que transforma las relaciones y los territorios, a través del performance, la música, el video, el graffiti, el teatro y la poesía, los jóvenes de la Red Somos Generación de Verdad, conforman talleres artísticos, festivales y carnavales, por medio de los cuales, se resignifican las relaciones, se reconstruye el tejido social, se reivindican los derechos, se visibilizan

las violencias, se construye memoria, lo que les permite imaginarse una ciudad en la que se logren desenvolver diversos mundos dentro de ella.

La ciudad de Bogotá, más allá de ser concebida desde sus condiciones físicas, es entendida como una red simbólica en permanente construcción, de manera que, se presenta un proceso dialéctico -la ciudad está construida por sus ciudadanos y a la vez la ciudad construye a sus ciudadanos-. Por un lado, Bogotá se posiciona como una ciudad modernizante, y, por lo tanto, siguiendo lo planteado por Chaparro en CLACSO TV (2020), la modernización se establece como un proceso de interiorización de valores y creencias (Chaparro en CLACSO TV, 2020), un modelo civilizatorio -discriminatorio-. Por otro lado, como lo menciona Canclini (2007) “una ciudad siempre es diversa y heterogénea, debido a que hay muchos imaginarios que la habitan” (p. 91), imaginarios que constituyen formas plurales de ser (Baeza, 2003), en el espacio físico determinado como ciudad. Debido a estas dinámicas, los jóvenes conciben a Bogotá como un territorio en disputa, paralelamente se reconoce una forma predominante y se invisibilizan otras. En palabras de uno de los jóvenes participantes “(...) Lo describo como un territorio en disputa...donde convergen muchas personas de muchos lugares muy distintos, con muchas formas de pensar y de habitar la ciudad, o sea, yo veo los conflictos desde que me levantó (...)” (J3, comunicación personal, agosto 2020).

Aunque, los conflictos son inherentes a la condición de seres humanos, lo verdaderamente problemático resulta cuando la violencia se implanta socialmente como el mecanismo por excelencia para la resolución de estos. Se constituye entonces un modelo cultural que no representa un medio para brindar la garantía de reconocimiento a todos los habitantes de la ciudad, un modelo cultural que niega, invisibiliza, elimina otros modelos y desconoce otras formas culturales. Así, ese modelo imperante empieza a reflejarse en las dinámicas sociales de la ciudad, es decir, se consolida una cultura de violencia. De acuerdo con Fisas (1998), esta cultura es interiorizada y reproducida a través de mitos, símbolos, políticas, comportamientos e instituciones, a pesar del dolor y el sufrimiento que puedan llegar a causar (p. 2).

Uno de los jóvenes participantes describe esta cultura de violencia como “violencias cotidianas, de maltrato del uno con el otro por la no existencia de un ejercicio de cultura ciudadana en los territorios” (J10, comunicación personal, agosto 2020). En este contexto de violencia, se encuentran los jóvenes, enfrentándose a grandes desafíos y siendo despojados de sí mismos, son segregados, estigmatizados, reducidos y excluidos. Lo que ellos mencionan es que el ser joven implica, “estar cansado, estar dolido, estar desbordado por todo este tipo de procesos que vienen y nos atacan” (J9, comunicación personal, agosto 2020). El ser joven en una cultura globalizada que se materializa en el espacio citadino, es para ellos:

[...]una carga de imaginarios, pensamientos, e imposiciones, porque, entonces una cosa es lo que yo quiero ser, otra cosa es lo que me exige la sociedad [...] muchas veces los jóvenes se ven en la necesidad de responder todas esas necesidades que nunca son propias. (J3, comunicación personal, agosto 2020)

Ante esta serie de sucesos violentos que atacan directamente a los jóvenes, estos se convierten en “focos de fermentación y de contestación, no solo política, sino también social y cultural” (De Zubiría, 2013, p. 89). Los jóvenes se posicionan como sujetos políticos y demuestran las otras formas de ser y de habitar en la ciudad, consolidando alternativas conjuntas para la construcción de la misma, apropiándose de su ejercicio de ciudadanía que ha sido históricamente truncado:

[...] la inequidad y los problemas limitan, pero desde esas problemáticas yo creo que se generan posibilidades, pues son los mismos descontentos de los jóvenes que van buscándose nuevas proyecciones a futuro y que, aun así, estas limitaciones han construido iniciativas, proyectos y nuevas mentalidades que son interesantes de tomar en cuenta. (J2, comunicación personal, agosto 2020)

A partir de estas nuevas mentalidades a las que se refieren los jóvenes participantes, se genera lo que determina Silva (2006) como el *entrecruce de la vida fantasmagórica* (Silva, 2006, p. 118), un entrecruce entre la realidad empírica y demostrable, con lo imaginario que es asimilable con la fantasía, haciendo posible la aparición de imaginarios emergentes que aporten a una cultura democrática en la ciudad de Bogotá. Un paso fundamental para ello, ha sido el cuestionamiento y la posterior ruptura de los discursos hegemónicos que reproducen la cultura de violencia, proceso que se debe llevar a cabo en los diversos entornos en los cuales los jóvenes participan y evidencian estos comportamientos -lo familiar, lo comunitario, lo social, lo político, entre otros-, señalando que conlleva una responsabilidad para los jóvenes el “cuestionar y proponer [...] una lucha constante de decir “espera, hay otras formas, otras maneras””. (J6, comunicación personal, agosto 2020).

Incluso, los jóvenes participantes consideran que este cuestionamiento y rupturas de discursos aporta significativamente a la construcción de paz, buscando superar la competitividad impuesta con el otro, y de esa manera, fortalecer el tejido social. Así lo expresa uno de ellos:

Se puede aportar a la construcción de paz siendo jóvenes, organizándonos de una manera colectiva, empezarnos a cuestionar esas ideas que nos han impuesto, superar esa competitividad que tienden a imponernos, y empezar a proponer unos modelos de cooperación o unos modelos de colectividad. (J9, comunicación personal, agosto 2020)

A partir de las reflexiones generadas, los jóvenes de la Red Somos Generación de Verdad proponen, pero a la vez reconocen y recuperan una construcción colectiva de lo que ha implicado ser jóvenes, lo que permite reforzar aspectos de autonomía y de identidad. Según lo planteado por Walsh (2009), el recuperar, implica reconstruir y hacer vivir la memoria colectiva sobre los territorios por medio de procesos pedagógicos (Walsh, 2009, p. 64). Tal como lo plantea Walsh, los jóvenes anclan estos procesos pedagógicos a un territorio, manifestando que son “procesos propios del territorio, de una educación contextual donde se construya desde el espacio que habitamos como comunidad, y a la vez, se generen espacios de diálogo que permitan reconocernos” (J4, comunicación personal, agosto 2020), una práctica que da cuenta del reconocimiento de unos costos sociales y territoriales del capitalismo y de la competencia exacerbada dentro de las dinámicas de la ciudad.

Éstos jóvenes lo que pretenden a partir de los procesos colectivos es lo que De Sousa (2009; 2001) denomina como una ampliación de la democracia, lo que implica una construcción de la realidad no reduccionista y unívoca, sino, abierta a la discusión desde los territorios y sus habitantes, cimentada sobre unos criterios de validez alternativos (De Sousa, 2009, p. 101), mediante los cuales se fomente la participación y se dé lugar a saberes y prácticas juveniles emergentes, que fortalezcan el tejido social. En esta importante labor, los jóvenes reconocen en el arte una herramienta que aporta a la construcción de paz en dos sentidos: un arte político para la transformación social y un arte para la esperanza. Sobre un arte político y liberador, los jóvenes hacen una reconstrucción de los hechos que se presentan en la realidad empírica, lo cual llevará a una reflexión y desde ahí, se logran generar y proponer otros escenarios posibles en un espacio de ficción que permite romper paradigmas, como lo manifiestan los participantes:

el arte es un espacio de ficción en el que se puede reflexionar frente a la construcción de algo, y ese algo es la realidad que vive cada territorio, el arte es un espacio de ficción en el que se puede romper cualquier paradigma [...] un espacio imaginario que puede ejercer una reflexión en la construcción de la realidad. (J10, comunicación personal, agosto 2020)

Es evidente cómo el arte permite movilizar a los jóvenes desde lo existente y lo dado, hacía algo nuevo, manteniendo vivo el misterio de la imaginación en la propuesta de futuros alternativos, y de este modo se abre una bisagra para la esperanza. Según lo planteado por De Sousa (2010), esta ampliación y aparición simbólica de saberes, prácticas y agentes, posibilita la acción para maximizar la probabilidad de esperanza (p. 26), por lo tanto, se habla sobre una esperanza movilizadora que invita a la acción,

así lo señala uno de los jóvenes, “algo importante que hemos estado trabajando, es no perder la esperanza, seguir construyendo y continuar con iniciativas en cada uno de los territorios” (J9, comunicación personal, agosto 2020). Lo que se busca es sustituir el vacío del todo o nada en el tiempo lineal, ante una incapacidad demostrada por la ciudad para rejuvenecerse, los jóvenes crean un futuro de posibilidades plurales que son tanto utópicas como realistas y a partir de allí, construyen desde el presente.

A manera de cierre

Quien asuma la realidad de la juventud se dará cuenta de que hace tiempo cambió la conformación socioeconómica, poblacional, educativa y cultural del país. Y se dará cuenta, también, de que es a partir de allí que se debe construir la agenda del futuro (Segovia, 2021).

A partir de los repertorios obtenidos, se lograron evidenciar, describir y analizar los sentires y el posicionamiento político, social y cultural de los jóvenes miembros de la Red Somos Generación de Verdad en torno a las apuestas de construcción de paz en la ciudad de Bogotá. Ellos, reconocen su participación en el proceso como una suma de esfuerzos conjuntos, en el cual consideran que, los jóvenes son actores sociales esenciales, que aportan a la transformación y al rejuvenecimiento del modelo de ciudad, a partir de la creación y promoción de espacios incluyentes y creativos y en donde convergen diversos saberes.

Al describir sus experiencias, los jóvenes miembros de la Red Somos Generación de Verdad señalan como en Bogotá, se presentan diferentes realidades que interpelan su cotidianidad, y como los conflictos y la resolución violenta de estos (física y simbólica) se hace visible en las dinámicas sociales diarias, legitimadas en la ciudad. Razón por la cual resulta posible afirmar que, la construcción de paz en Bogotá se encuentra imbricada en una cultura de violencia -directa, estructural, cultural, simbólica-, es decir, está normalizada socialmente y, por lo tanto, se ha reproducido históricamente, no solo en la ciudad capital, sino a lo largo y ancho del territorio colombiano. Estos tipos de violencias han afectado también a los jóvenes, razón por la cual muchos de ellos han sido invalidados y hasta marginados, pues se ha desconocido o se ha vilipendiado su capacidad creadora, crítica y transformadora.

A partir de las problemáticas previamente mencionadas, muchos jóvenes también están llevando a cabo una ruptura con este sistema hegemónico, debido a que sufren las consecuencias de la marginación juvenil, y, por tanto, han comprendido la imperante necesidad del rejuvenecimiento y la transformación social -tanto en discursos como en prácticas-. De este modo, un paso esencial en este proceso de ruptura ha sido el cuestionamiento que inicia desde su propia cotidianidad, y pasa por

controversia/subvertir los patrones sociales de esta cultura de violencia interiorizada, lo cual ha ido permitiendo la modificación de estructuras y prácticas de invisibilización y exclusión del otro, y ha ido posibilitando a su vez el diálogo abierto (siendo el arte una herramienta para movilizar y exponer ideas). Desde el cuestionamiento, están empezando a emerger otros escenarios posibles y otras formas de narrarse, que dan lugar a esas identidades otras que van ganando fuerza en la ciudad de Bogotá, ejemplo de ellos ha sido el papel protagónico que los jóvenes de la Primera Línea -conformada por grupos de juventudes populares que contienen los ataques de la fuerza pública- han jugado en las protestas que han tenido lugar en el marco del Paro Nacional que inició el 28 de abril de 2021. Las principales localidades de Bogotá donde ellos/as se han hecho ampliamente visibles han sido Bosa, Kennedy, Ciudad Bolívar, Suba y Usme.

Por su parte, el arte en sus múltiples expresiones -como el performance, la música, el video, el grafiti, el teatro y la poesía -se ha venido posicionando como una herramienta y una posibilidad para muchos jóvenes bogotanos, ya que, no solo cumple la función de manifestar las adversidades y los malestares que estos enfrentan, sino también, que genera espacios de realidad-ficción a través de los cuales se proponen otros mundos posibles y alternos, que incluso ya han ido emergiendo, pero que requieren ser consolidados. A partir del arte los jóvenes experimentan soluciones ante las diversas problemáticas que desafían, y empiezan a asumirse no como espectadores que deben esperar sentados mientras llega el turno (el de ser adultos), sino que, desde los territorios que habitan, han empezado a ser protagonistas en el proceso de construcción de paz territorial.

De este modo, los jóvenes resisten y re-existen, buscando minimizar los costos sociales de un sistema imperante que ha promovido la desconfianza y el individualismo. Muchos jóvenes, están abriendo espacios para el encuentro de identidades, reconociendo en la multiplicidad de estas, la riqueza que encarnan las historias, ideas y aspiraciones tanto comunes como diferenciadas, que promueven la acción y la fuerza colectiva.

Lo anterior es sin duda un paso para avanzar hacia una construcción de paz en Colombia, con miras a alcanzar una paz integral y con justicia social, un camino largo por recorrer como sociedad, en el que, a pesar de haber logrado la firma del Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, siguen existiendo retos enormes. Frente a ello, los jóvenes y el arte han hecho latir los corazones, han hecho sentir las problemáticas sociales como asuntos de interés común, se han opuesto a la privación de afecto, se han opuesto a morir en vida, se han propuesto que a partir de sus latidos sean escuchados.

La construcción que los jóvenes desde el accionar barrial, local y comunitario, y desde las diferentes

manifestaciones artísticas -el performance, la música, el video, el grafiti, el teatro y la poesía - han venido devolviendo la esperanza al territorio, haciendo posible imaginar y soñar, puesto que han posicionado la construcción de paz desde la reivindicación de los derechos humanos, la diversidad, la multiculturalidad, las formas empáticas y solidarias de relacionarse, lo que ha ido forjando a su vez, el fortalecimiento del tejido social. En este sentido, la paz, debe ser comprendida como una construcción colectiva, para la cual es importante reconocer que la responsabilidad de ella no solo reside en un grupo en particular, sino, en toda la ciudadanía, además, la paz debe ser comprendida como un proceso que implica la consideración de múltiples dimensiones y escalas para la acción política, que permitan el tránsito hacia otras territorialidades, hacia otras formas de apropiarse/vivir/sentir el espacio físico, “que finquen el interés en el logro del bien común, el buen vivir y un futuro colectivo posible, aquel en el que la vida se sitúe por encima de todo” (Bautista, 2017, p. 109).

Referencias

- [@ChalecosAmarill] (25 de junio de 2021). #Colombia así quedó el Mural en la biblioteca de Marichuela apoyado con insumos a Bastón Blanco. “Mundo Incluyente”. Twitter. <https://mobile.twitter.com/ChalecosAmarill/status/1408373918717652998>
- [CLACSO TV] (24 de marzo de 2020). Clase 2: Tiempos (pre/post) modernos [Archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=NEIWu-466IU>
- Alcaldía Mayor de Bogotá D.C. (2020). *Bases del Plan distrital de desarrollo 2020-2024: Un Nuevo Contrato Social y Ambiental para la Bogotá del siglo XXI*.
- Baeza, M. (2003). *Imaginario sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica*. Sello Editorial Universidad de Concepción.
- Baeza, M. (2008). *Mundo real, mundo imaginario social. Teoría y práctica de sociología profunda*. RIL Editores.
- Baeza, M. (2015). *Hacer mundo. Significaciones imaginario-sociales para constituir sociedad*. RIL Editores.
- Barimboim, D. (2015). El egoísmo de los jóvenes de hoy responde a la necesidad de supervivencia. *Journal de Ciencias Sociales*, 3 (5), 113–124. <https://doi.org/https://doi.org/10.18682/jcs.v0i5.340>
- Bautista, S. (2017). Contribuciones a la fundamentación conceptual de paz territorial. *Revista Ciudad Paz-ando*, 10 (1), 100-110. <https://doi.org/10.14483/2422278X.11639>
- Boal, A. (1980). *Teatro del oprimido 1: Teoría y práctica*. Editorial Nueva Imagen.
- Burgos, N. (2011). *Investigación cualitativa: miradas desde el Trabajo Social*. Espacio Editorial.
- Canclini, N. (1997). *Imaginario urbanos*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.

- Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados: Mapas de la interculturalidad*. Gedisa.
- Canclini, N. y Lindón, A. (2007). Diálogo con Néstor García Canclini ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? *Eure*, 33(99), 89–99. <https://doi.org/10.4067/s0250-71612007000200008>
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets Editores.
- De Sousa, B. (2001). Los nuevos movimientos sociales. En *Colección Observatorio Social de América Latina – OSAL (5)*. CLACSO.
- De Sousa, B. (2009). *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. CLACSO: Siglo XXI.
- De Sousa, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce. <https://doi.org/10.1111/dech.12026>
- De Zubiría, S. (2013). *Universidad, cultura y emancipación en América Latina*. Ediciones Izquierda Viva.
- Decreto Ley 588 de 2017. [Presidencia de la República]. Por el cual se organiza la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no Repetición. 5 de abril de 2017.
- Dirección de Cultura Ciudadana. (2017). *Encuesta Biental de Culturas*. <https://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/es/cultura-ciudadana/subdireccion-observatorio-de-culturas/encuesta-biental-de-culturas/encuesta-2017>
- Dussel, E. (1995). *Introducción a la filosofía de la liberación*. Editorial Nueva América.
- Estrada, J. y Nijmeijer, T. (2020). *Los Acuerdos son para cumplirlos Compromisos de las FARC- EP y su organización política sucesora con el Acuerdo de paz*. Gentes del Común, CSI-VI-FARC, Centro de Pensamiento y Diálogo Político.
- Fisas, V. (1998). *Una cultura de paz. In Cultura de paz y gestión de conflictos*. Icaria/UNESCO.
- Freud, S. (1929). *El malestar en la cultura*. Biblioteca Libre Ome-galfa. <https://doi.org/10.31819/9783954870233-006>
- Grupo de Memoria Histórica (Ed.). (2013). *Basta ya Colombia. memorias de guerra y dignidad*. (2º ed). Imprenta Nacional. <http://hemeroteca.lasalle.edu.co/login?url=http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&AuthType=ip,url,uid&db=cac06300&AN=sibbla.110827&lang=es&site=eds-live>
- Hernández, E. (2016). Negociaciones de paz en Colombia: una mirada en perspectiva de construcción de paz. *Papel Político*, 21(1), 35–56. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.papo21-1.npcm>
- Hernández, N. (2020). Ética y decolonialidad. Cartografías de navegación en las intervenciones sociales con jóvenes. En Universidad de Antioquia (Ed.), *Ética intercultural y decolonial de Trabajo Social* (pp. 268–283). Pulso y Letras Editores.
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. (2010). *Metodología de la investigación (5a ed.)*. The McGraw-Hill.
- Lederach, J. (2008). *La imaginación moral: el arte y el alma de construir la paz*. Editorial Norma.
- Martínez, C. (2015). *De nuevo la vida: el poder de la No violencia y las transformaciones culturales (2a ed.)*. Editorial Trillas de Colombia.
- Reguillo, R. (2000). Pensar los jóvenes: un debate necesario. En *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto* (pp. 19–49). Grupo Editorial Norma.
- Reguillo, R. (2003). Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de Educação*, (23), 103–118. <https://doi.org/10.1590/s1413-24782003000200008>
- Reinoso, G. (27 de septiembre de 2020). *Jóvenes, el rostro del desempleo que golpea a Bogotá*. El Tiempo. <https://www.eltiempo.com/bogota/empleo-en-bogota-los-jovenes-son-los-mas-desempleados-en-la-ciudad-540101>
- Ricoy, C. (2006). Contribución sobre los paradigmas de investigación. *Educação: Revista Do Centro de Educação UFSM*, 31(1), 11–22.
- Segovia, G. (21 de mayo de 2021). *Jóvenes: La primera línea. Pares Fundación Paz y Reconciliación*. <https://pares.com.co/2021/05/21/jovenes-la-primer-linea/>
- Silva, A. (2006). *Imaginarios urbanos (5th ed.)*. Arango Editores.
- Sztajnszrajber, D. (2018). *Filosofía en 11 frases*. Paidós.
- Tobón, M. (11 de junio de 2021). *Una barricada de valores*. [Publicación de blog]. <https://www.elsaltodiario.com/mapas/colombia-revuelta-barricada-de-valores?fbclid=IwAR0jYCVyZCgaHIEiJvKHcNF5lHaLYzypys6EYjSvUu-4bX5CMCs2-cBwp694>
- Vasilachis, I. (2006). *Estrategias de la investigación cualitativa*. Editorial Gedisa. <https://doi.org/978-84-9784-374-4>
- Walsh, C. (2009). *Interculturalidad crítica y educación intercultural*. Instituto Internacional de Integración Del Convenio Andrés Bello, 9–11.
- Zemelman, H. (2010). Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. *Polis, Revista de La Universidad Bolivariana*, (9), 355–366. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30515709016>

